

El crimen se verificó á las dos de la tarde del jueves 12 de Julio de 1584<sup>1</sup>. Á no haber tropezado y caído Gérard cerca del caballo con que debía huir, se habria salvado; que fué tal la confusión del primer momento por acudir al socorro del herido, que ninguno pensó en sujetar al matador. Gérard, no sólo confesó su delito, sino que se vanaglorió de él, callando únicamente la participación del duque de Parma. Sin embargo, la voz pública lo condenó como principal agente de aquella maldad. Gérard fué torturado de una manera horrible, soportando el tormento con la fortaleza y serenidad de un mártir. Si Guillermo hubiera vivido algunos días más, no hubiese consentido la cruel tortura. Gérard fué ajusticiado el 14 de Julio.

1 Cabrera escribe: «No sobrevivió el príncipe de Orange al duque de Alanzón apen's un mes, porque en Delft, Holanda, en el monasterio de Santa Ágata, donde habitaba, fué muerto á 20 de Julio por Baltasar Gerardo, borgoñón, de Villafar, mozo de 30 años, deseoso de quitar del mundo el mayor enemigo de la Iglesia católica y del rey don Felipe. Para este gran hecho cambió su nombre en el de Francisco Guirón de Bizanzón...» O. c., parte II, lib. I, cap. VIII. p. 52. El príncipe de Orange fué asesinado en 10 de Julio de 1584: según Philippon, *La Europa Occidental*, p. 199; Lafuente, o. c., t. XIV, p. 187; y Leti, *La vie de Philippe II*, t. IV, p. 485. Es de creer que la fecha del historiador Cabrera sea la cierta, y que los últimos no tuvieron en cuenta la reforma del calendario, pues sabido es que Gregorio XIII dispuso que desde el 5 de Octubre de 1582 se pasase al 15. La corrección gregoriana fué adoptada en seguida por los países católicos, pero los protestantes tardaron algún tiempo; Rusia y Grecia todavía no han admitido la reforma.

## XIV

## PROYECTOS DE FELIPE II

Cuando acaba de desaparecer de la escena el hombre más importante de la independencia holandesa, y el general más ilustre de su tiempo se hallaba en la plenitud de su actividad, no debia Felipe tener grandes dificultades para implantar su dominio en los Países Bajos. Si á esto se agrega los celos y envidias de las ciudades, por cuya razón vivían en perpetua hostilidad unas con otras, y aun dentro de los muros de las mismas habia divisiones y reyertas; si se tiene en cuenta que los ciudadanos vacilaban en vez de estar resueltos, y que eran avaros de sus bienes en lugar de ser liberales, viéndose comprados y vendidos por los mismos en quienes cifraban sus esperanzas, menos difícil debiera haber sido el vencimiento, sabiendo aprovechar la división en beneficio propio. Cierto es que Holanda y Zelanda no estaban contagiadas de aquel mal. Las demás provincias que se habian negado á reconocer al duque de Anjou, á pesar de los ruegos de Orange, desconocian su valor, mostrando además poca generosidad y abnegación con su *Padre Guillermo*.

Felipe acarició siempre grandes proyectos de conquista y engrandecimiento, y llegó á aspirar al im-

perio del mundo. Ni fué guerrero, ni dió muestra de ser más que un hombre de bufete. No tuvo dotes de hacendista, porque siempre vivió cobrando sus rentas por adelantado y en los mayores apuros económicos. Nunca se le ocurrió que pudiera encontrar dificultades en su camino para el logro de sus propósitos, ni hubo, durante su reinado de cuarenta y un años, quien se opusiese, ni aun censurar sus empresas. Nadie más osado para poner en ejecución los más atrevidos pensamientos, como tampoco más sereno en los desastres que le ocurrieron. Sus proyectos fueron á modo de una red que envolvió al mundo: acometiendo conquistas de reinos, asesinatos de príncipes, castigos de pueblos, extirpación de herejes, elección de Papas, y cuanto un político audaz puede imaginar en su orgullo, á solas con su ambición, en el seguro de su gabinete, aislado, en una palabra, en el soberbio monasterio que levantó en mem oriade la gran victoria de San Quintiñ. Véase ahora qué proyectos embargaban el ánimo de Felipe en aquel tiempo, y qué causas se opusieron á la rápida conquista de los Países Bajos.

El último rey de la casa de Valois ocupaba el trono francés, sin esperanza de sucesión. El heredero, según la ley nacional, era Enrique, rey de Navarra y príncipe de Bearne. No contento Felipe con esta solución, intentó conculcar la ley sálica, en favor de su hija y del marido que ésta tuviese. Al efecto, distribuyó grandes mercedes y cuantiosas cantidades de dinero entre algunos personajes de la corte, que le prometieron ayudar en el asunto. El duque de Guisa fué uno de ellos, el cual recibió una enorme cantidad, so color de auxiliar el proyecto de Felipe; pero, en realidad, para invertirla en beneficio suyo,



FELIPE II Á LOS 71 AÑOS DE EDAD.  
(Pintado por Antonio Moro.—El original se conserva en el Escorial.)

allegando parciales que le diesen la corona <sup>1</sup>. Tales intrigas dieron lugar á varios sucesos, que obligaron al de Parma á suspender ó abandonar operaciones importantes de su ejército, para secundar los designios de su señor y tío en el reino de Francia.

Felipe II dirigió también sus pretensiones al trono de Inglaterra, creyendo por algún tiempo conseguir su objeto. Verdad es que aquél estaba ocupado por Isabel, y aunque Felipe entendía que los súbditos debían profesar la religión del soberano, como la reina de Inglaterra era hereje y había sido excomulgada y depuesta por el Papa, su autoridad era nula y sin ningún valor.

Procede decir, no obstante, que colocó las pretensiones de María Estuardo, prisionera de Isabel hacia diez y siete años, sobre las suyas propias, y que hizo cuanto pudo para rescatarla del cautiverio, llegando al extremo de pagar asesinos que acabasen con su carcelera <sup>2</sup>. El hijo de María, por el mero hecho de no ser católico, ceñía la corona de Escocia. Felipe, después de la muerte de María, aspiró á la corona de Inglate-

<sup>1</sup> Enrique, duque de Guisa, figuró en la correspondencia de los españoles, desde el año 1581 al 1584, con el seudónimo de *Hércules*, y desde esta época, con el de *Mucio*. Tan valioso agente fué ganado por D. Juan Moreo «excesivo gastador de la hacienda del rey y atrevidísimo comprador de voluntad; éste ganó la del duque de Guisa...» *Coloma*, p. 33. Edic. Rivadeneyra.

<sup>2</sup> El Sr. Cánovas del Castillo es de la misma opinión: «Felipe II, que quiso casarse con Isabel de Inglaterra con tal que se mantuviera fiel á la religión católica, no fué luego tan encarnizado enemigo suyo, sino porque ayudaba, más ó menos manifestamente, á los herejes flamencos; y aun por eso envió contra Inglaterra su *Invencible armada*, de tan triste memoria, y otra menor, pero igualmente desgraciada. Tal fué asimismo el principal motivo de que con tanto calor abrazase el partido de María Estuardo, y de que prestara eficaz apoyo á ciertas conjuraciones de los señores escoceses que tuvieron por objeto quitarle á su rival el poder ó la vida.» *Casa de Austria*, p. 4.

rra, fundando su derecho en ser descendiente de Juan de Gaunt, duque de Lancaster y rey titular de España. Llegó á ser rey de Portugal, porque representaba á las dos hijas de Juan de Gaunt <sup>1</sup>. Después de la muerte de María, Felipe redobló sus esfuerzos para la sujeción de Inglaterra.

Deseó vivamente ser proclamado emperador de Alemania. Esta dignidad electiva vino á ser hereditaria en la casa de Hagsburgo hasta las guerras de Napoleón, y Felipe, sin disputa alguna, era su representante indiscutible. Tuvo que resignarse á la designación de Carlos V, y el imperio pasó al hermano del gran monarca, no sin disgusto y cólera del rey de España, quien nunca perdió de vista el trono que creía suyo. Demás de estos proyectos de temporal engrandecimiento, tuvo que influir en Roma para encauzar la elección de algunos papas que secundasen sus planes, poblar el Sacro Colegio con deudos, y conservar su amistad con unos y otros á fuerza de espléndidas dádivas. Como para todas estas cosas, y para los gastos de sus ejércitos y escuadras, necesitaba de recursos inmensos, siempre vivió rodeado de dificultades económicas, á pesar de los sacrificios continuos que impuso á sus pueblos. Arruinó á sus estados y el erario público se hallaba siempre exhausto <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> No creemos que Felipe II pretendiese el trono de Inglaterra ni antes ni después de la muerte de María Estuardo. Además, tampoco estamos conformes con la doctrina del historiador inglés.

<sup>2</sup> Véase lo que sobre el particular escribe el Sr. Cánovas: «Tiempo hace que corre impresa una carta de Felipe II al secretario Garnica, en la cual se lamenta de la desconformidad de consejos, pareceres y sistemas que para mejorar la hacienda se le proponían de todas partes, sin que para nada aprovechase alguno de ellos; como que en realidad lo único que aprovechar podía, era gastar menos.» «Mirad», le decía entre otras cosas, «lo que con razón lo sentiré, viéndome en cuarenta y ocho

Si la situación financiera era desesperada al presente, el porvenir se presentaba todavía más negro. España, nación populosa y fértil, producía menos que cualquier otro país de Europa: el trabajo, la industria y el comercio eran menospreciados, y la holganza se consideraba como indicio de hidalguía. La falsa piedad había sido causa de la expulsión de la parte más industrial y productora del país<sup>1</sup>. Las posesiones italianas de Felipe apenas pagaban el coste de las guarniciones militares y los gastos de la administración española. Los Países Bajos que suministraban en otro tiempo las tres quintas partes de las rentas de los antecesores de Felipe, se hallaban empobrecidos y en guerra con la metrópoli. Como los artesanos flamencos habían huido de la persecución y de la muerte, refugiándose en Inglaterra y Holanda, el país que fué industrial, rico y productor, quedó poblado de jesuitas, monjes, inquisidores y obispos.

Sería empresa difícil puntualizar lo que ingresaba

años de edad, y con el príncipe de tres, dejándole la Hacienda tan sin orden como hasta aquí; y demás de esto qué vejez tendré, pues parece que ya la comienzo, si paso de aquí adelante con no ver un día con lo que tengo de vivir otro, ni saber con qué se ha de sustentar lo que tanto es menester; ni sé cómo vivo con la pena que me da, por las causas que aquí he dicho, y por otras que hay para tenerla.» No con menor sentimiento sabían todo esto las Cortes de Castilla, que principalmente llevaba sobre sí las cargas públicas, puesto que, aparte de las provincias aun hoy exentas, la corona de Aragón contribuía entonces con muy escasos subsidios. En la proposición real ó discurso de la corona de 1563, díjoles ya á aquéllas Felipe II «que las rentas ordinarias estaban casi del todo vendidas y empeñadas; y en el de las de 1566 que el patrimonio real estaba casi del todo exhausto y consumido, no cesando de hablar de igual manera en cuantas se celebraron hasta su muerte.» O. c., p. IV.

<sup>1</sup> Sabido es que los Reyes Católicos arrojaron á los judíos de España y lo mismo hicieron con los moriscos aquellos reyes, Carlos V y Felipe II.

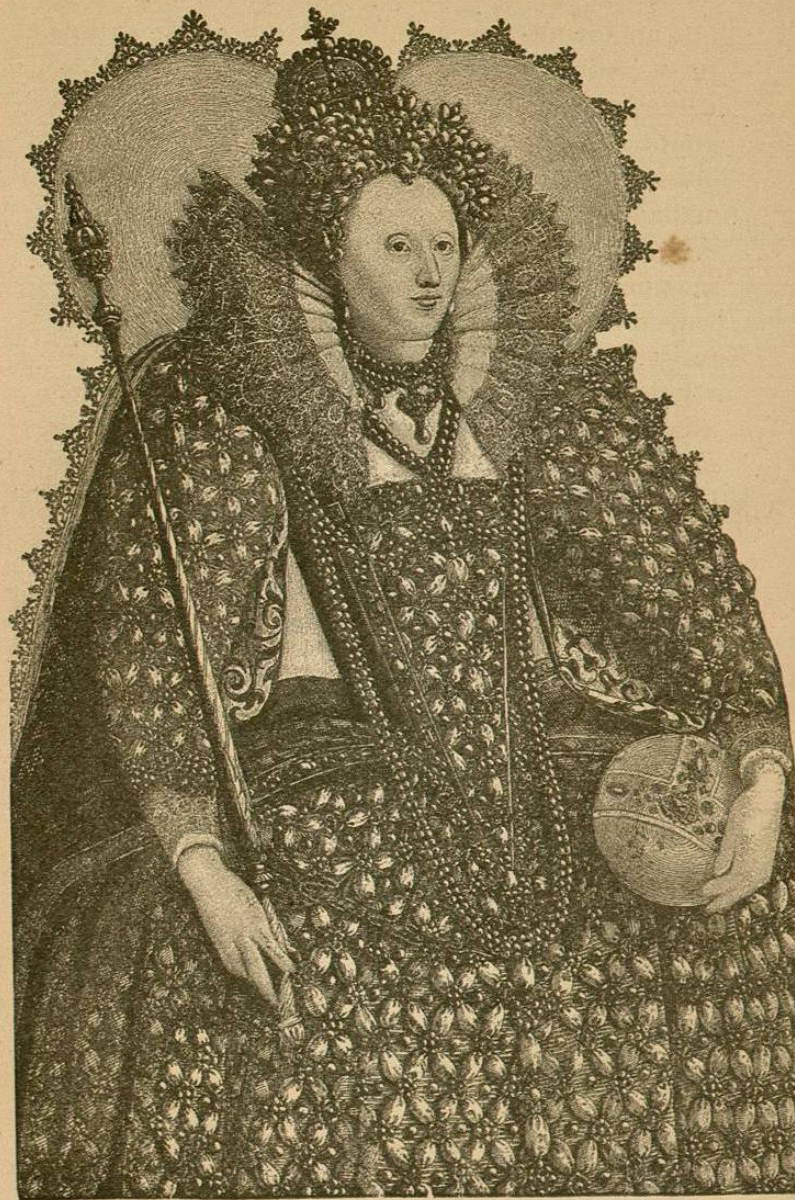
en el tesoro, procedente de sus posesiones del Nuevo y Viejo Mundo. Dueño de extensos territorios en Europa y poderosísimo en el Nuevo Mundo, merced á la bula de Alejandro VI, eran para él lagos españoles el Atlántico y el Pacífico, y tan de su exclusiva pertenencia, como los estanques del Escorial. Lo mismo en Europa que en Asia y América, desde las regiones del Norte hasta las del Sur, lo mismo eran súbditos suyos y sometidos á su voluntad, los Italianos y Españoles, que los Flamencos é Indios. Si durante el reinado de Felipe se descubrieron las minas del Potosí, extrayéndose de ellas á montones la plata, que fué á parar á su erario, no por eso el monarca pagó sus deudas, ni tampoco atesoró riquezas, las cuales se derramaban por todas partes con verdadera prodigalidad.

Nunca se sabrá cuánto gastaba Felipe en sobornos y subvenciones anualmente; porque tales pagas se dan y reciben siempre en secreto, y ni el dadivoso ni el recipiente, publican nunca sus tratos. Es muy cierto que allí donde el rey de España tuvo intereses ó creyó tenerlos, estuvieron retribuidos sus agentes con generosidad. En aquellos tiempos, nadie mostraba reparo en recibir dinero, lo mismo los reyes y nobles, que los ministros y jueces. Todos cobraban el precio del servicio que hacían. La merced, de igual modo que la justicia, se regulaban por tarifa, y en casos dados, se adjudicaban al mejor postor.

Procede también decir que se malograban la mayor parte de las cantidades que invertía en cohechos el rey de España. Por la indole misma de las cosas, no era difícil que el traidor descubriese sus intentos. Tales hombres debían utilizar las ocasiones, y si éstas no llegaban, esperarlas un día y otro, por-

que un intento temerario, por largo y costoso que fuese, valía más no verlo en ejecución que fracasado. Los agentes tenían que escogerse con cuidado; pues era de temer, si no eran fieles, que vendiesen el secreto á quien debían perder. Uno de los hombres designados por el duque de Parma para matar al príncipe de Orange, no solamente le impuso de la conjura, sino que permaneció, durante su vida, fiel y devotísimo servidor de los Estados. Guisa, después de recibir dinero de Felipe, intentó burlar los planes del rey español en interés propio: cuando murió aquél asesinado, su hijo y hermano solicitaron las mismas larguezas con idéntico fin, reconociendo y acatando luego á Enrique de Navarra, porque éste les dió mayor cantidad.

Sucede con harta frecuencia que los medios y formas de que se sirven los hombres malos, se vuelven contra ellos. Las doctrinas de Maquiavelo han sido más propagadas que sabidas. Cada acierto en política—lo que convencionalmente se llama en política negocios públicos—produjo veinte errores. La perfidia no sólo hace á sus víctimas previsoras y cautas, sino que se vuelve contra los mismos que la practican. Por esta razón, el que se vale de malos medios para realizar sus propósitos, debe estar prevenido para no ser engañado de los hombres de quienes se sirve, perdiendo á un tiempo honra, dinero y fama de discreto. Y como los sistemas políticos que se fundan en la mala fe, carecen de estabilidad, los proyectos ambiciosos de Felipe y las artes que puso en juego, causaron la ruina de España, la cual llegó al mayor abatimiento después de haber sido el terror de las naciones.



LA REINA ISABEL DE INGLATERRA  
(Según un cuadro de Isaac Olivier.)